

La Nación de la Inmaculada

(*Tu honorificentia populi nostri*)
(JUD XV 10)

No sé quien ha dicho que los cantos populares son emanaciones y eflorescencias del espíritu nacional y el medio escogido por las almas grandes para vaciar espontáneamente en ellos sus sentimientos de fe, de amor y de esperanza.

Agradecemos al desconocido autor tan feliz pensamiento, porque no son, en verdad, los teólogos, ni los artistas ni los críticos y literatos, ni los ascetas y santos y menos aún los economistas y políticos, por camorras y eminentes que sean, los que revelan todo el carácter de un pueblo. Ni en las dulces y amorosas cántigas de don Alfonso el Sabio ni en los celebrados versos de Ayala, Luis de León, Herrera, Lope de Vega, Calderón y Zorrilla, ni en los incomparables lienzos de Escalante, Ribera, Vargas, Juan de Juanes, Murillo y Zurbarán, ni en las sublimes creaciones de Cano, Hernández, Montañés y Arizmendi, ni en la clásica literatura del Quijote y en las obras religiosas de tantos sabios como honraron al pueblo español del siglo XVI, llamado con razón y santa envidia por el inglés P. Faber, pueblo teólogo por excelencia, ni aun en la historia patria se retratan al vivo y en toda su grandeza el espíritu y carácter especial de nuestro pueblo.

Solamente la poesía popular tiene el exclusivo privilegio de dibujar con magistrales pinceladas y al natural, los rasgos que constituyen y caracterizan la fisonomía singular de nuestra patria.

Si queremos conocer a fondo el espíritu nacional de nuestra raza, estudiémosle en los sublimes cantares del pueblo sencillo, repletos de sentimiento, realidad y poesía, y no en la literatura de burdel y en los cantos de las zarzuelas teatrales compuestos, más bien que para recrear al alma, para fomentar los vicios y excitar las ruines pasiones del sentido.

¡Cuán fecunda y creadora es la musa popular castellana!

Hay un cantar en mi patria que lo canta el marinero en la mar y el pastor en las montañas; lo aprende el niño en la escuela, lo tararea el labrador en la yugada, la madre al pie de la cuna y el soldado en los campos de batalla.

Ni midan los poetas su rima; sientan más bien lo que dice al alma.

Es a la vez canto de guerra, reto andaz al extranjero que ose hollar el honor y la dignidad de nuestra raza y lección histórica que revela mejor que

todos los monumentos nacionales y los hechos gloriosos de nuestras armas la grandeza de la madre patria.

Recordémosle cuando el pueblo católico entregado a transportes inefables de religiosa alegría, celebra con entusiasmo el singular privilegio de la Concepción Inmaculada de María.

Un Cesar mirando al cielo pretendió ufano alcanzar cien reinos donde mandar en el europeo suelo. Dios condesciende a su anhelo, y al pedirle España al Padre, el Hijo le respondió: ¿Cómo es eso? España? No, que es la dote de mi Madre.

Está dicho todo, España es la dote de María.

La devoción a la Virgen Inmaculada es la llave de oro sin la cual no se puede abrir nuestra historia; es el pilar bendito sobre el que descansa nuestra legendaria grandeza. En torno de ese pilar indestructible se formó aquel pueblo que, al amparo y bajo la protección de María, por cuya causa tanto como por su libertad vertió generosamente su sangre, se lanzó a grandiosas epopeyas y sin descansar sobre los laureles de cien victorias reconquistó palmo a palmo la perdida libertad y el dominio de las provincias desde las montañas astures hasta las columnas de Hércules, arrollando briosamente al agareno y haciéndole repasar el estrecho después de haberle obligado a contemplar, clavado en las puertas de la Mezquita de Granada, el cartel del *Avemaria*, que fué como la última estrofa del himno de amor que los españoles cantaron durante el largo período de ochocientos años a su libertadora la Virgen Inmaculada.

Pasaron los años, y con la fe suscrita en los Concilios de Toledo, explicada por los Braulios, Ildefonsos, Leandros, Isidoros y Fulgencios y jurada como la única del Estado por nuestros reyes desde Recaredo a Fernando VII, la devoción a María, inseparable del amor a la fe de Cristo, tomó carácter de estado en nuestro pueblo, siendo uno de los elementos más principales que concurrieron a formar su singular fisonomía.

Pasaron los tiempos y cuando se anunció el siglo de Napoleón, aunque no empuñaban el cetro de la Monarquía reyes que emulando la piedad de Fernando el Santo y Jaime el Conquistador, levantarán como el primero cuatro mil santuarios y tres mil doscientos el segundo a la Reina Inmaculada, teníamos, por dicha nuestra, un pueblo

amante de la Virgen y una Virgen velando sobre su pueblo. España era todavía la dote de María. Por eso cuando el coloso del siglo, infatuado con sus conquistas y hollando el polvo de cien coronas, hizo temblar de espanto a las naciones de Europa, que oyeron consternadas de sus labios este grito de amenaza.

No hay más que yo: fuera los reyes. El pueblo hispano, que no era el pueblo ruso ni el pueblo belga, para que Napoleón hollara impunemente su cerviz, con el ardor bélico y el entusiasmo delirante que presta a los corazones el amor a su religión y a su patria presentóle batalla, y en Zaragoza, Bailén, Zamora, Arapiles y Vitoria dió a conocer al César que

No tiene, no, el león de ambas Castillas la doble garra por adorno vano, pirámides de lanzas y cuchillas no admiten nombre, ni buril, ni mano.

Digiste: «Soy el grande de la tierra: no tengo en ella ya digno enemigo.» Grande mi patria, te llamó a la guerra, porque eras grande tú, lidió contigo.

ZORRILLA.

¿Mereceremos hoy que la Virgen Inmaculada siga siendo la Generalísima de nuestros ejércitos y no enajene su dote trasladándola a manos extrañas? —Que reine la Virgen en todos los corazones; que no se pueda decir que hay un solo español que no la ama y entonces, hoy como ayer y siempre, la dote de la Virgen Inmaculada será España.

M. I.

A LA PURÍSIMA

Flor divina, perfumada, que Dios mismo desde el Cielo transportando al bajo suelo hizo reina del pensil; tu corola de azucena nunca el polvo la ha manchado, nunca mano la ha tocado ni gusano ni reptil.

Conservando tu corola su pureza, su frescura, su perfume, su tersura y riqueza de color, fruto diste más valioso que de Creso la riqueza, conservando tu pureza y tu aroma, bella flor, ese fruto, flor celeste, por tu cáiz producido, es el Verbo descendido a tu seno virginal.

Es el hijo del Eterno, que ante siglos ya predado de tus gracias, te ha librado de la mancha original.

Cuando el mundo no existía, ni esos orbes inflamados que en los cielos azulados raudos giran sin cesar; ni las hertas ni los mares ni altos cedros ni arbolillos, ni canorós pajarillos, ni la rosa ni el azahar, en el lienzo do tenía el Artista Soberano ya trazada por su mano

la futura creación, más que el ampo de la nieve blanca y limpia destacaba tu figura que embargaba de Dios mismo el corazón.

Por estrellas coronada tu cabeza se veía y la Luna les servía a tus plantas de escabel.

¿Y qué mucho, si entre miles por Dios fuiste la escogida para ser del hombre vida, y la muerte de Luzbel?

Plegue al cielo que españoles que de Cristo se alejaron, y la vil marca adoptaron de la Bestia por blasón, a tí vuelvan convencidos de que España daba leyes a los pueblos y a los reyes con tu nombre en su pendón.

Si al coloso de Castilla los pigmeos derribaron, fué porque antes le robaron el escudo de tu amor.

Plegue al Cielo que mi patria, hoy cadáver de un gigante, ya del polvo se levante apelando a tu favor.

ANTONIO G. DÍAZ.

ESPAÑA Y FRANCIA

HACIA EL ABISMO

LAS VARIAS ETAPAS

Primera etapa: pasado. Política de Richelieu, Mazarino y Luis XIV para debilitar a España y a la Casa de Austria, sublevar contra ellas nuestras posesiones en Europa, suscitar el filibusterismo en América y el odio de Inglaterra contra nuestra Patria y su rivalidad en el Nuevo Mundo. Después el *Pacto de familias*, que dió por resultado la independencia de los Estados Unidos y una guerra de un siglo contra Inglaterra y, como consecuencia de todo ello, la pérdida definitiva de Gibraltar, que ha impedido durante dos siglos toda acción española en Marruecos y el Mediterráneo. La invasión napoleónica cierra el ciclo.

Segunda etapa: presente. Francia nos deja las manos libres en Marruecos, ya que nosotros se las dejamos en Argelia. Aprovechando nuestra debilidad de 1898, rompe el statu quo de Marruecos, establecido por el Tratado de Madrid, e intenta apoderarse de todo el Magreb, diciendo que no había que hacer caso de las *jeremiadas* de España. Detenida en sus propósitos por Alemania, y temiendo nos aliásemos con ésta, nos cede casi hasta el Atlas y luego se presenta en condiciones y con aspiraciones iguales a las nuestras en Algeciras. Cuando pudo tratar con Alemania y vió que la torpeza de nuestros gobernantes había imposibilitado la alianza hispano-germánica, nos hizo, tras largas y vejatorias discusiones, aceptar un tratado leonino en que se nos despoja de todos nuestros derechos y sólo se nos ce-